El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8346 | DIARIO DE LA NOCHE | TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—*Provincias*, tres meses, 7'50 id.—*Extranjero*, tres meses, 11'25 id.—La suscrición empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, *D. Emilio Garrido López.*

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Martes 3 Septiembre de 1889

ANTE LA TORRE EIFFEL.

Salve, esbelto y magnífico coloso,
De la moderna industria hijo querido;
Férreo brazo á las nubes extendido
Por este siglo que será famoso!
Síntesis del trabajo victorioso,
Yo, humilde obrero, ante tus piés rendido,
Saludo al genio en tí, que ha concebido
De tu fábrica inmensa el hecho hermoso!
En honor á tu altiva prepotencia
Pulsa la lira este modesto vate;
Grande eres, lo confieso en mi conciencia;
Mas, debo aquí decir para remate
Que también lo es *El Barco de Valencia*,
Soberbia torre Eiffel del Chocolate.

A los consumidores que presenten el día 1.° de Agosto 1500 cubiertas de paquetes de chocolate de *El Barco* se les regalará un palco para las corridas de toros pasando por el dique flotante, un cuello de pieles, una capa y entrada gratis en la Exposición de París.—El del ojo ausente, Caridad 3, Cartagena.

PROGRESO

No todos los partidos tienen en su bandera la palabra libertad, pero todos los partidos tienen en su bandera la palabra progreso.

El progreso es la aspiración de todos los pueblos, y por eso no hay gobernante, de éste ó del otro sistema, que no prometa á sus gobernados el mayor progreso posible.

Lo malo es que no todos entienden de la misma manera el significado de esa palabra, y que lo que para muchos es progresar, para otros es retroceder.

Por otra parte, cuando un pueblo progresa en un sentido, retrocede probablemente en otro, y no se encuentra, por consiguiente, una sociedad que constantemente progrese en todos los órdenes de la vida.

Si progresa la ciencia, retrocede la moral; si progresan las artes, retrocede la política.

Y dentro de una misma esfera sucede, por ejemplo, que si progresan las ciencias experimentales, retroceden las ciencias especulativas, y si progresa el arte de la pintura, retrocede el de la poesía.

Los gobiernos pueden ser impulsores del progreso; la sociedad misma influye eficazmente en su progreso propio.

Así es que, en el gobierno y en la vida social, lo primero que se necesita es entender clara y rectamente, lo que es progreso; y, no pudiendo hacer que todo progrese á un tiempo, atender aquellos ramos en que el progreso es más necesario y más provechoso.

Nosotros tenemos la industria en el camino del progreso, pero sin que ese camino haya adelantado mucho; tenemos la ciencia en parecidas condiciones; tenemos las artes, excepción hecha de alguna que otra, bastante adelantadas; tenemos la política en lastimoso retroceso, y tenemos las costumbres, peor que en gran retroceso, en la más completa disolución.

Hay además, fines importantísimos de la vida, para cuyo cumplimiento nos hallamos todavía poco menos que en el punto de partida; la educación, por ejemplo.

En cambio, nos hemos propuesto fines extraños del todo á la misión del hombre, y para conseguir esos fines, hemos sabido encontrar todos los adelantos imaginables.

Progresar debe de ser ir marchando fácil, segura y rápidamente hacia el perfeccionamiento de la sociedad, esto es, hacia el cumplimiento de todos los fines sociales.

Si necesario es, pues, entender recta y claramente lo que es progreso, más necesario es todavía saber cuáles son los fines de la sociedad en que vivimos.

Hay períodos en que la sociedad marcha de prisa hacia su fin; pero detrás de esos períodos vienen otros, en que la sociedad corre apresurada en dirección contraria.

Es fácil observar, sin embargo, que durante el último período en la que toca avanzar, la sociedad avanza un poco más de lo que avanzó en el período anterior de igual clase.

Por eso, y en general, no es cierto que un siglo sea inferior al precedente, en orden al progreso.

Por eso también, la ley del progreso, á la que está indudablemente sometida la sociedad, se cumple, á pesar de los períodos de decadencia y atraso.

Si tratáramos de averiguar qué clase de período es el en que no hallamos, si es un período de adelanto, ó un período de atraso, acaso nos sería difícil el conseguirlo.

Las exposiciones, los inventos de Edisson, la torre de Eiffel, por ejemplo, significan un paso gigantesco hacia adelante.

La flamencomanía, el hambre de los maestros y la riqueza de los toreros, representan un paso hacia atrás estupendo.

La inteligencia humana está deslumbrando al mundo con sus pensamientos; el corazón humano está escandalizando á la tierra con sus pasiones.

Por todas partes asoma el ingenio; por todas partes acecha el crimen.

A casa paso salen á ofrecérsenos la comodidad, la belleza y el placer; á cada paso se presentan á sorprendernos la miseria, la ridiculez y el vicio.

El hombre puede ya con los astros, con los mares, con los montes, con todos los elementos, con todos los seres creados; el hombre, en cambio, no puede consigo mismo.

Mirada la humanidad por su pensamiento y por su palabra, parece que está adelante, muy adelante, arriba, muy arriba, cerca ya de su perfección; pero mirada por su corazón y por sus acciones, parece que ha caído abajo, muy abajo, honda y muy honda, y que va á ser imposible levantarla.

Estos pueblos contemplados desde fuera, son hermosos; lo malo es que, contemplados desde dentro, repugnan y espantan.

Si el pensamiento y la palabra valen más y son antes que el corazón y las acciones, acaso pudiéramos decir que este período es de avance. Pero si las acciones, y el corazón son antes y valen más que la palabra y el pensamiento, entonces este período es de un atraso excesivo.

Si la materia es lo primero, adelantamos ahora vertiginosamente; si lo primero es el espíritu, entonces estamos yendo hacia atrás á grandes pasos.

Bueno es también observar que lo que significa adelanto y progreso, todo lo tenemos.

Pero casi todo lo tenemos en la mente, en la boca, en teoría, en nuestros libros, en nuestros discursos.

En la práctica se encuentra muy poco.

Tenemos la idea de la libertad, pedimos la facultad de hacer lo que queramos, contamos con las leyes que nos lo conceden, y sin embargo, nos sometemos voluntariamente al yugo vergonzoso de una pasión. Y mientras nos ufanamos de poder votar á un candidato para el Ayuntamiento, no somos dueños de cumplir un deber, si nuestros vicios se oponen á ello.

Tenemos la idea de la igualdad, reclamamos que esa igualdad sea impuesta también por las leyes, y sin embargo, cada uno establece desde luégo y para todo una desigualdad manifiesta entre él y los demás.

Tenemos la idea del amor, pregonamos las excelencias de ese sentimiento, y sin embargo, apenas conocemos, entre tantas especies, más que la especie del amor..... propio.

Convengamos, en fin, en que los sentidos corporales, las necesidades materiales, las exigencias de forma, las teorías, están ahora servidos maravillosamente.

Y convengamos también en que las necesidades espirituales en general, están ahora olvidadas.

Si pudiéramos quitar de en medio el espíritu humano, sin vacilar afirmaríamos que este período es un período de extraordinario progreso.

No pudiendo quitar el espíritu humano, nos libraremos muy bien de sentar afirmación semejante.

Variedades.

LA LIBERTAD DE LUCERNA

El ilustre viajero francés Víctor Tirot ha hecho un viaje á Suiza, y ha publicado después sus impresiones de viaje, escritas en ese estilo sobrio y elegante de que tantas pruebas ha dado en los libros en que narra su viaje á Rusia, á Alemania, á Viena, á Hungría, etc.

De este libro tomamos la siguiente sentida relación.

—

En lo alto de una colina y murallas en zigzag, coronadas de almenas con torres de trecho en trecho, y unos cuantos campanarios que mezclan con estas edificaciones guerreras sus flechas y sus cruces pacíficas, pueblos muy blancos colocados como tiendas de campaña bajo cortinas de follaje y altas casas acabando con antiguas lucernas encarnadas anúncian á la Lucerna, la ciudad católica y belicosa hermana de Fribourg en su guerra de Sunderbund.

Parece que os acercáis á una villa feudal que está allí solitaria, olvidada sobre una montaña fuera de la corriente y de la vida moderna.

Pero al salir de la estación un rápido cambio de decoración nos trasporta de pronto á la orilla del lago, delante de un gran puerto de aguas azules, donde amarran las flotillas de barcos chicos y grandes.

Y á orilla de este golfo maravilloso se alinean, en medio de árboles y jardines, un verdadero pueblo de hoteles, cubierto de banderas que adornan sus azoteas, y sus balcones que son á modo de galerías de un teatro grandioso delante del inmenso escenario de los Alpes.

Lucerna tiene la alegría y el movimiento de una gran estación internacional.

Sus muelles pertenecen á todos los pueblos del mundo; allí se codean todas las naciones, crúzanse las mujeres blancas del país de las nieves, las mujeres morenas del país del sol, las altas inglesas de seis pies y las parisienses vivas, despiertas, alegres, de movimientos ligeros y graciosos de pájaro sobre la rama.

A ciertas horas, este paseo de los muelles parece una «Kermesse» de beneficencia ó un baile campestre lleno de trajes de colores, de faldas almecadas y crugientes.

No se encuentra un poco de calma y de reposo más que en la antigua ciudad, donde las casas tienen palomares y galerías de madera suspendidas sobre las aguas, como un rincón de Venecia, y que forman un cuadro encantador.

Por un bonito sendero se llega al convento de los frailes.

Dichosos frailes que no tienen motivos para ser pesimistas.

¡Cómo comprenden la vida!

Hermoso convento, bella naturaleza, buen vino y buena carne, ni penas ni cuidados, nada de mujeres y nada de hijos, y en dejando esta tierra, el cielo especialmente creado para ellos; los serafines que los esperan con arpas de oro, y los ángeles con jofainas de agua de rosas para lavarles los piés!

Lucerna comenzó por ser un nido de monges, escondido en un vergel como un nido de gorriones.

La primera casa del pueblo fue un convento construido á orillas del lago.

El nido creció, se hizo pueblo, después villa, después ciudad.

Los habitantes, siervos y medio siervos, fueron pronto bastante ricos para comprar su libertad.

Los monges de Murbach, á quienes pertenece el convento de Saint Seger, se habían empeñado y vendieron al rey Rodolfo todos los bienes que poseían en Lucerna y en Vuterwalden, de suerte que la ciudad pasó á los Habsbourg.

Cuando después de haber echado á los bailios, los cantones primitivos hubieron proclamado su independencia, Lucerna fue uno de los puestos avanzados de Austria.

Sus habitantes, en relación diaria con los pastores de Waldstedten, que venían á aprovisionarse allí, se preguntaron por qué no habían de ser como sus vecinos enteramente libres.

La situación de los partidarios de Austria se había hecho tan crítica, que se vieron obligados á dejar la ciudad.

El bailio de Rothenbourg, bajo cuya jurisdicción estaba Lucerna, viendo que el poder se le escapaba, resolvió intentar un golpe de fuerza para volver á su obediencia á la ciudad rebelde.

El 29 de Junio de 1832, en las primeras horas de la noche un jovencito que se había dormido á orillas del lago se despertó al oir pasos que se acercaban.

Vió cinco ó seis hombres que se deslizaban furtivamente á lo largo del arenal y sus maneras le parecieron tan sospechosas que los tomó por malhechores.

El chico era valiente y pensó seguirlos para